

LAS TROMPETAS DE BLASCO IBÁÑEZ

Con justeza se ha dicho que, a la larga, no hay dominadores ni dominados, porque si los primeros someten a los segundos al espíritu de su fortaleza, los segundos acaban rindiendo a los primeros a la fortaleza de su espíritu. Es lo ocurrido con el Sr. Blasco Ibáñez en los Estados Unidos. Los ha conquistado él para su literatura; pero él ha capitulado a su sistema de publicidad. Fuera de D'Annunzio –otro gran yanquizante, hasta por el seudónimo–, no creemos que haya nadie en Europa que se anuncie mejor que D. Vicente Blasco Ibáñez.

Hace bien en ello el distinguido escritor. No seremos nosotros quienes se lo censuremos. Aquí donde los editores no quieren o no pueden anunciar a los escritores, es natural que estos se exalten a sí mismos, aunque solo sea, de ordinario, mandando a los periódicos una gacetilla laudatoria y una fotografía con aires de eternidad para dar a conocer su último libro. Blasco Ibáñez va más allá y envía un extenso telegrama circular a todos los periódicos. Nada malo hacen estos en publicárselo sin pasarlo antes por la aduana de las administraciones, ya que no sería justo someterle a ese peaje a él, que, después de todo, es un hombre de letras, y en cambio ser pródigos en lo de calentar al pecho a tanto áspid político.

Blasco Ibáñez sabe que un escritor moderno no es nada para el presente si no se anuncia con todo estrépito. Y ¿qué mejor modo de anunciarse, no hablando de su talento sin precedentes ni de lo imperecedero de su obra, que eso está al alcance de cualquier escritor anónimo y chirle, sino de sus ganancias, de sus automóviles, de sus jardines en la Costa Azul y de sus grandes relaciones internacionales? Eso ha hecho Blasco Ibáñez, que, a su decir, gana tanto como Rudyard Kipling y como Wells, o sea uno de los tres escritores que mayores beneficios logran en el mundo. Como que ya tiene Blasco Ibáñez –seguimos transcribiendo sus afirmaciones– un millón de dólares, léase bien, de dólares, no de duros, que no es todavía moneda de prestigio internacional. Y por cada cuento corto le pagan en los Estados Unidos setecientos dólares, lo que acaso no gana un pobre escritor español no exportado aún con dos libros de cuatrocientas páginas. Un detalle se le ha olvidado a Blasco Ibáñez para que sus declaraciones tengan un carácter perfectamente yanqui: decimos lo que gana por palabra escrita, que es la unidad comercial de trabajo en los países anglosajones.

Podemos perdonarle a Blasco Ibáñez que desdeñe la política española, nunca más digna de su menosprecio que ahora; pero ¿no hace él política, política internacional en grande, paseando por el mundo su nombre de sucesor de Cervantes, emperador de la lengua castellana?

«Creo que casi peso yo más en el mundo con mis novelas que España misma», dice con inmodestia justificada por una probable verdad. Sí, España pesa poco, muy poco en el mundo, y Blasco Ibáñez pesa enormemente. Como que cada palabra suya no valdrá menos de un duro, si es verdad lo que dice. ¿Pesa tanto su calidad? No importa saberlo. Ni sería justo pedir estrechas cuentas en ese aspecto a quien ha abierto los pingües mercados de los Estados Unidos a la literatura castellana. Él es el pariente que vuelve rico de Indias, y aunque exagere sus ganancias y abuse un poco del autobotafumeiro, no seamos excesivamente severos con él, pues no lo hace tanto por deslumbrarnos como para mantener allá, en Yanquilandia, el fuego sagrado de su prestigio, que repercutirá, de rebote, en el conjunto de las letras patrias.